

superioridad de los europeos sobre los asiáticos consiste en la capacidad adquirida de dar la razón de cuanto creen. La Europa piensa y critica; el Asia no distingue entre el pensamiento y la poesía, entre la razón y la imaginación. La escuela hizo, pues, á Europa: y en la Edad Media estuvo á punto de convertirse en una provincia asiática perdiendo el sentido científico que heredó de los griegos.

266. *Poco aprecio de la segunda enseñanza.*—Conviene fijar la atención en las cosas que allí se aprenden para no olvidarlas nunca, y no en las que se estudian para sacudirse luego de ellas. La enseñanza clásica se hace por un método monstruoso: los niños no están maduros para tanto, y los maestros resultan poco amables y poco claros. Pero en esto consiste la utilidad: tales maestros hablan la *lengua abstracta de la alta cultura*, pesada y difícil, pero verdadera gimnasia del cerebro: estas ideas, estas expresiones, estos métodos, no lo hallan los alumnos en su casa ó en la calle. Basta que entiendan. Tal disciplina no puede menos de infundirles la «abstracción».

267. *Aprender muchas lenguas.*—El aprender muchas lenguas llena de palabras la capacidad limitada de la memoria. Da la ilusión de tener talento. Se opone á la adquisición de conocimientos útiles y reales. Es cortar de raíz el sentimiento delicado de la lengua materna; ésta es herida, y sin remedio. Los dos pueblos que han producido los mejores artistas del estilo, los griegos y los franceses, no aprendían lenguas extranjeras.—Pero como el comercio es cosmopolita, hoy un buen negociante de Londres debe hablar ocho lenguas: hasta que el exceso de mal traiga su remedio, inventándose una lengua universal para el tráfico mercantil y científico. Tan cierto como que se inventará la navegación

aérea. Y si para esto no, ¿para qué tanto fatigarse en la lingüística?

268. *La guerra en el individuo.*—Dentro de una misma vida hallamos una lucha tenaz entre lo heredado y lo adquirido, entre lo del padre y lo del hijo, entre dos generaciones; cada cual sabe muy bien el estado de la parte contraria, pero con conocimiento injusto de sus medios y de sus fines.

269. *Un cuarto de hora de adelanto.*—A veces hallamos un hombre cuyas ideas se elevan más alto que su época, pero sólo para apropiarse las ideas vulgares del siglo próximo. Ha conocido la opinión en su germen; y su éxito suele ser brillante, aunque vulgar; más brillante que el éxito de los hombres superiores.

270. *El arte de leer.*—Toda tendencia fuerte es exclusiva; se acerca á la línea recta, y no tiene ondulaciones ni tangencias; por eso los filólogos son exclusivistas. La restauración, conservación é interpretación de los textos, practicada durante siglos por una corporación, halló por fin los verdaderos métodos. Toda la Edad Media era incapaz de una explicación filológica, es decir, de comprender sencillamente lo que dijo el autor. Si la ciencia ha ganado en continuidad y estabilidad, se debe á que la filología, ó sea el arte de bien leer, ha llegado á su apogeo.

271. *El arte de razonar.*—El mayor progreso de los hombres consiste en el arte de *razonar bien*. No es cierto lo que dice Schopenhauer que «todos son aptos para razonar, pocos para juzgar». El razonar mal es la regla en los tiempos antiguos; díganlo, si no, las mitologías de todos los pueblos, su magia y superstición, su culto religioso, su derecho.

272. *Fases de la cultura intelectual.*—La fuerza ó la debilidad de la productividad intelectual no depende

tanto de las facultades heredadas como de la energía transmitida. La mayor parte de los intelectuales se plantan á la edad de treinta años, y en este punto solsticial de su vida no quieren ya nuevas orientaciones. De ahí la necesidad de una nueva generación; el hijo gasta menos fuerza en llegar adonde llegó su padre, y con el resto llega más allá. Hay hombres enérgicos, como Goethe, que avanzan un siglo; pero son la excepción.—En este punto, la evolución individual es un compendio de la específica. El niño es religioso, y suele llegar al summum de esta fase á la edad de diez años. Entonces pasa al panteísmo; deja tras de sí á Dios, á la inmortalidad, etc., pero cede á la magia de una metafísica. Luego es el arte lo que les atrae; en todo ven al arte, todo lo refieren á la belleza, incluso la misma metafísica de antaño. Finalmente, se va desarrollando el sentido científico al par que se debilita el del arte. Todo esto pasa en los treinta primeros años de un hombre. Exactamente, lo mismo que pasó en los treinta millares de años de la humanidad.

273. *Atrás, pero no hacia atrás.*—Hoy, el que se ata por mucho tiempo á los sentimientos religiosos y vive, por consiguiente, muchos años en la metafísica y en el arte, se atrasa ciertamente y entra con mal pie en la lucha humana. Mas por eso mismo se fortalecieron sus pulmones en aquella región de las pasiones volcánicas; sale de ellas con más fuerza; su paso es alado, su respiración tranquila, larga, constante. Reculó para dar un salto; su marcha es terrible, amenazadora.

274. *Una sección de nuestro yo sirve de objeto artístico.*—Es una señal de superior cultura mantener en la conciencia ciertas fases de evolución que otros borran presto; he aquí la especie más sublime del arte de la pintura. Es necesario aislar estas fases. Los estudios

históricos nos fuerzan á este ejercicio, ya que por unos fragmentos de vida antigua nos reconstituyen un horizonte de pensamientos y una dirección de sentimientos. Como cuando se reconstituye un templo por las columnas y paños que quedan. Tal es el sentido histórico. El primer efecto es considerar á nuestros semejantes como sistemas determinados y como representantes de culturas diversas. Y también, en nuestra propia evolución, seremos capaces de aislar pedazos y estudiarlos aparte.

275. *Cínicos y epicúreos.*—El cínico reconoce la relación de independencia que existe entre los dolores del hombre superior y la masa de sus necesidades; sabe que la muchedumbre de opiniones acerca de lo bello, de lo gracioso, de lo pulcro, de lo agradable, debe mostrar muchas fuentes de placer, pero también de disgusto. Por eso abandona estas opiniones y se sustrae á las exigencias de la civilización; y poco á poco, hecho á esta vida, siente menos los disgustos y se asemeja al animal doméstico; además, en todo percibe de buen grado el contraste é injuria—en esto ya es superior al animal.—El epicúreo tiene el mismo punto de vista que el cínico; no hay entre ambos otra diferencia que el temperamento. El epicúreo se sirve de su civilización superior para escapar á su dominio; mientras que el cínico permanece en su negación. Marcha por el frondoso valle bien al abrigo, á media luz, oyendo silbar al viento huracanado en las cimas de los árboles, mientras que el cínico camina solo y desnudo, con la piel endurecida al sol y al aire.

276. *Microcosmo y macrocosmo de la civilización.*—El hombre puede hacer en sí mismo curiosas experiencias acerca de la cultura, cuando se encuentra dotado de facultades heterogéneas. Si un hombre es tan

llevado por el amor de la ciencia como por la afición al arte plástico ó á la música, puede construir en su interior un edificio vasto uniendo estas facultades enemigas por medio de dos facultades conciliadoras muy fuertes. Ahora bien; el edificio de la cultura en este hombre, se parecerá mucho al de la humanidad entera. Porque el esfuerzo de la civilización tiende á formar una coalición de fuerzas irreconciliables sin cargarlas de cadenas.

277. *Felicidad y cultura.*—La vista de los lugares en que se pasó nuestra infancia, nos emociona; el jardín público, la iglesia, el cementerio, el estanque, el bosque. Tenemos compasión de nosotros mismos, porque de entonces acá ¡cuántos dolores hemos sufrido! Allí cada cosa subsiste con un aire tan calmoso, tan eterno; nosotros somos los cambiados; aún hallamos hombres tan inmutables como una encina: campesinos, pescadores, guardabosques, son los mismos. La emoción, la compasión de sí mismo ante una cultura inferior es el signo de la cultura superior; de donde se sigue que ésta no ha ganado mucho en felicidad. El que quiera vivir feliz y tranquilo, apártese de la cultura moderna.

278. *Como el baile.*—En nuestros días es preciso considerar como signo decisivo de la cultura el poseer un hombre bastante fuerza y ligereza para ser claro y riguroso en el conocimiento, y para ceder desde lejos al poder y belleza de la poesía, de la religión y de la metafísica. Es una posición difícil, porque la ciencia lleva á la dominación absoluta de sus métodos, y si no se cede á este impulso, hay que oscilar entre dos tendencias opuestas. Para abrir una perspectiva en la solución de esta dificultad, recuérdese que la danza es algo más que un absurdo vaivén. Pues bien; la alta cul-

tura es como la danza: necesita de fuerza y de ligereza.

279. *El alivio de la vida.*—Medio capital para aliviar la vida es idealizar sus sucesos; para esto es menester tener idea clara de lo que es idealizar, según la pintura. El pintor desea que la mirada del espectador no sea ni muy exacta ni muy aguda, y le obliga á colocarse á cierta distancia; se ve forzado á suponer una distancia determinada, y á admitir en el espectador un grado de agudeza de vista muy determinado; acerca de estos puntos no tiene el derecho de estar indeciso. Así, todo hombre que quiera idealizar su vida, no debe mirarla muy de cerca sino á cierta distancia, como hacía Goethe.

280. *Agravación á manera de alivio y viceversa.*—Muchas cosas que en cierto grado de humanidad son una agravación de la vida, sirven de alivio en un grado superior, porque estos hombres han conocido males mayores. También ocurre lo contrario: así, la religión tiene dos aspectos, según que el hombre acuda á ella para alivio de su carga, ó según que la mire como una traba que le impide volar por los aires.

281. *La cultura superior no puede ser comprendida.*—El que ha puesto sólo dos cuerdas en su guitarra,—como los sabios que no tienen más que el instinto científico y el religioso,—no comprende á los hombres que tocan con más cuerdas.

Es propio de la cultura superior de numerosas cuerdas ser siempre interpretada erróneamente por la inferior: esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando el arte pasa por una forma disfrazada de la religiosidad. Aún hay gentes que no son sino religiosas por oír hasta en la ciencia como una investigación del sentimiento religioso; así como los sordomudos no saben de la música sino que es un elemento visible.

282. *Lamento.*—Pueden ser quizá las ventajas de nuestra época las que traen consigo un retroceso y en ocasiones una depreciación de la *vida contemplativa*.—Pero es necesario confesar que nuestro tiempo es pobre en grandes moralistas; que Pascal, Epicteto, Séneca, Plutarco, son hoy poco leídos; que el trabajo y el celo, en otro tiempo escolta de la grandiosa salud, parecen á veces mortificar como una enfermedad. Como falta el tiempo para pensar y guardar calma en el pensamiento, no se estudia ya las opiniones divergentes; se contenta uno con odiarlas. En la enorme prisa de la vida, la vista y el espíritu están acostumbrados á una visión y un juicio falsos é incompletos, y cada uno de ellos se parece á aquellos viajeros que se forman el conocimiento de un país ó de una población sin dejar el ferrocarril. Una actitud independiente y prudente del conocimiento, es juzgada casi como una manía: la libertad del espíritu es desconsiderada especialmente por los sabios, que querrian encontrar en aquel arte de considerar las cosas su solidez y su labor de abejas, y que les confinarían de buen grado en un solo rincón de la ciencia: la cual sin embargo tiene el deber muy distinto y bien superior de extender desde una posición aislada su manto sobre todas las fuerzas de la ciencia y de la erudición, y de hacerles ver todos los caminos y los fines de su cultura. Una lamentación como la que acaba de entonarse, tendrá sin duda su momento y resonará un día en una vuelta ofensiva del genio de la meditación.

283. *Defecto principal de los hombres de acción.*—Los hombres de acción escasean ordinariamente de la actividad superior: quiero decir, de la individual. Obran á título de funcionarios, de mercaderes, de eruditos; dicho de otro modo, como representantes de una

especie, no á título de hombres determinados, aislados y únicos: son en este respecto perezosos. Desgracia de las gentes de acción es que su actividad sea siempre poco razonada.—No se puede, por ejemplo, preguntar al banquero que amontona el dinero el fin de su incesante actividad; es irrazonada. Las gentes de acción ruedan como rueda la piedra siguiendo la ley ruda de la mecánica. Todos los hombres se han dividido en todos los tiempos, y aun en nuestros días, en esclavos y libres; pues aquél que no ha hecho los dos tercios de su jornada por sí mismo, es esclavo, aun cuando después sea lo que quiera; político, comerciante, funcionario, erudito.

284. *En favor del ocioso.*—Es señal de lo que ha bajado el valor de la vida contemplativa, la de que los sabios luchan hoy con las gentes de acción en una especie de gozo apresurado, al punto de que parecen también ellos apreciar más esta manera de gozar que lo que les conviene propiamente, y que en efecto es más que goce. Los sabios tienen vergüenza del *otium*. Y, sin embargo, es cosa noble.—Si la ociosidad es el *comienzo de todos los vicios*, también es la proximidad de las virtudes: el hombre ocioso es siempre mejor que el activo.—No crea usted, señor perezoso, que con usted hablo.

285. *La inquietud moderna.*—Cuanto más al Oeste, más crece la agitación humana, aunque los americanos se figuren á los europeos como amigos del ocio y de los placeres, siendo así, que parecen un enjambre de abejas. Y es tan grande esta agitación, que la cultura moderna no tiene tiempo de madurar sus frutos: es como si se sucedieran rápidamente las estaciones. Por falta de reposo, nuestra civilización corre de nuevo á la barbarie. Nunca fueron más estimados los tra-

bajadores. Así, pues, entre las enmiendas de la humanidad, es preciso incluir la vuelta á la vida contemplativa. De hoy más, todo individuo calmoso y sereno puede creer que, no sólo posee un buen temperamento, sino también una virtud de utilidad general, la cual tiene el deber de conservar.

286. *En qué medida el hombre activo es perezoso.*—Yo creo que todo hombre debe tener sobre todo aquello en que es posible formarse opinión, una opinión propia, porque él mismo es algo especial, no existiendo sino una vez, que ocupa en relación á las demás cosas una situación nueva que no ha existido jamás. Pero la pereza que existe en el fondo del alma del hombre activo, le impide sacar el agua de su propia fuente. Pasa con la libertad de las opiniones, lo que con la salud: una y otra son individuales; pero de la una ni de la otra puede formarse concepto de un valor general. Lo que á un hombre es necesario para su salud, para otro es causa de enfermedad y muchos medios y caminos que conducen á la libertad del espíritu, pueden, por causas de un grado más alto de desarrollo, ser medios y camino de dependencia.

287. *Censor vital.*—La alternación del amor y del odio distingue por largo tiempo el estado interior de un hombre que quiera ser libre en su juicio sobre la vida; no olvida nada, y lo pone todo en cuenta á las cosas, bueno y malo. Por fin, cuando toda la mesa de su alma está cubierta con notas de la experiencia, no tendrá para la existencia desprecio, ni odio ni tampoco amor; morará muy por encima de ella dirigiéndola tan pronto una mirada de alegría como una mirada triste, y semejante á la naturaleza, tendrá en el pensamiento, bien el verano, bien el otoño.

288. *Consecuencia accesoria.*—El que quiere sería-

mente hacerse libre, perderá por ese solo hecho, sin violencia alguna, la tendencia á las faltas y á los vicios: aun el fastidio y el despecho le mortificarán más raramente. Es que su voluntad no desea nada más urgentemente que conocer y poseer los medios de conocimiento; es decir, el estado en que se halle en las condiciones más convenientes para conocer.

289. *Importancia de la enfermedad.*—El hombre á quien la enfermedad tiene en el lecho llega alguna vez á enterarse de que por lo común está enfermo por causa de su propio empleo, de sus negocios ó de su sociedad, y que por ellas ha perdido todo conocimiento razonado de sí mismo: gana esa sabiduría en el ocio á que le obliga su enfermedad.

290. *Impresión en el campo.*—Si no se tiene en el horizonte de la vida líneas firmes y apacibles semejantes á las que hacen la montaña y la selva, la voluntad interior del hombre se encuentra inquieta, distraída y turbada por deseos como la naturaleza de los que habitan en las ciudades: ni tienen dicha ni la dan.

291. *Circunspección de los espíritus libres.*—Los hombres de espíritu libre que viven únicamente para el conocimiento, habrán alcanzado bien pronto su fin exterior, su situación definitiva en relación á la sociedad y al Estado, y se declaran, por ejemplo, muy de su grado, satisfechos de un pequeño empleo ó de una fortuna que baste para su subsistencia, pues se arreglarán de modo que un gran cambio en la fortuna pública ó una gran revolución en el orden político no les hará mella alguna ni será la ruina de su vida. Todo esto es lo que menos despierta sus energías, que reservan para sumergirlas con todas sus fuerzas reunidas, y en cierto modo con larga respiración, dentro del elemento del conocimiento. Así, pueden esperar

que lograrán sumergirse profundamente y quizá penetrar hasta el fondo. De cualquier acontecimiento, un espíritu así preparado no ambiciona tomar sino un solo extremo, no se complace en ver las cosas bajo todos los respectos, en toda la amplitud y abundancia de su desenvolvimiento; quiere más bien desenvolverse en las cosas. Conoce muy bien los días de labor de la falta de libertad, de la dependencia, de la servidumbre. Pero de tiempo en tiempo es necesario que le llegue un domingo de libertad; de otro modo, no podría soportar la vida. Es probable que aun su amor por los hombres sea circunspecto y tal vez corto de aliento; pues la medida en que quiere empeñarse en el mundo de los instintos y de la ceguera es la que justamente necesita para el fin del conocimiento que se propone. Tal vez cuente con que el genio de la justicia diga algo en favor de su discípulo y de su pupilo, si voces acusadoras llegaran á tildarle de falto de amor. En su manera de vivir y de pensar existe un *heroísmo refinado* que se avergüenza en ofrecerse al respeto de las masas, como hace su hermano, más grosero, menos delicado, y que sigue silenciosamente su camino por el mundo y fuera del mundo. Por muchos que sean los laberintos que tenga que atravesar, por muchas que sean las rocas que detengan su marcha momentáneamente, desde el momento que ve la luz sigue su camino iluminado por claridad meridiana, y, por lo tanto, con toda facilidad, casi sin ruido, dejando á los rayos del sol que penetren hasta lo más íntimo suyo.

292. *Adelante.*—Así, pues, ¡sigue con paso firme por el camino de la sabiduría! ¡Cualquiera que sea la condición en que te encuentres, sírvete á ti mismo de fuente de experiencia! Arroja, echa fuera la amar-

gura de tu ser; perdónate tu propio yo, puesto que en todo caso tienes en ti una escala de cien grados, por cima de los cuales puedes llegar al conocimiento. El siglo en que te lamentas de existir, te considera dichoso por tal fortuna; te grita que tienes que pasar por alguna de las experiencias que quizá tendrán que soportar los hombres de las generaciones venideras. No te arrepientas de haber sido religioso hasta este momento; péntrate bien de cómo has tenido todavía acceso legítimo en el arte. ¿No puedes, precisamente con la ayuda de estas experiencias, seguir con inteligencia más completa inmensas etapas de la humanidad anterior? ¿No es justamente á este terreno que frecuentemente tanto te disgusta, al terreno del pensamiento turbado, adonde han sido encaminados los más bellos frutos de la antigua civilización? Precisa haber amado la religión y el arte, como se ama á la madre y á la nodriza,—de otra manera no puede llegarse á ser sabio.—Pero es menester dirigir la mirada más allá, saber crecer más todavía, por encima de todo eso; si nos quedamos dentro de esos límites, no comprenderemos todo aquello. Del mismo modo, es menester estar familiarizado con los estudios históricos y con el juego prudente de la balanza: «ya hacia un lado, ya hacia el otro.» Haz un viaje retrospectivo caminando sobre los vestigios en que la humanidad ha dejado marcada su larga marcha dolorosa, á través del desierto del pasado; y así aprenderás seguramente á conocer qué dirección es la que toda la humanidad futura no tiene ni siquiera el derecho ni la posibilidad de seguir. Y en tanto que investigas con todas tus fuerzas el nudo, por decirlo así, del porvenir, que se te presenta indesatible, tu propia vida toma el valor de un instrumento y de un medio de conoci-

miento. De ti depende que todos los rasgos de tu vida, tus ensayos, tus errores, tus ilusiones, tus faltas, tus sufrimientos, tu amor y tu esperanza coadyuven sin excepción á tu designio, y este designio es el de llegar á ser tú mismo una cadena necesaria de anillos de la civilización, y el deducir por esta necesidad, la necesidad de la marcha de la civilización universal. Cuando tu vista haya adquirido bastante fuerza para poder mirar hasta el fondo en el lago turbio de tu ser y de tus conocimientos, quizá también en ese espejo las constelaciones lejanas de las civilizaciones del porvenir se te harán visibles. ¿Crees que tal vida, con tan alto designio, puede hacésete demasiado penosa, demasiado desnuda de todo consuelo? Si tal crees, es que no has aprendido todavía á conocer que no hay miel más dulce que la del conocimiento, y que los senos de la aflicción son los pechos en que todavía habrás de amamantarte, de donde sacarás la leche de tu refrigerio. Cuando crezcas en edad, verás cuántas veces has oído la voz de la naturaleza, de esa naturaleza que gobierna el universo por medio del placer; la misma vida que nos lleva á la vejez, nos lleva también á la sabiduría, gozo constante del espíritu ante esa dulce luz del sol; una y otra vejez y sabiduría te llegan por una misma vertiente; así lo ha querido la naturaleza. Entonces llega la hora de la aproximación de la muerte, sin que puedas indignarte por ello. Será hacia la luz tu último movimiento, será un ¡hurra! de reconocimiento tu último grito.

CAPITULO VI

El hombre en la sociedad.

293. *Disimulo benévolo.*—Es á menudo necesario en el trato de los hombres recurrir á un disimulo benévolo, como si no penetráramos los motivos de su conducta.

294. *Copias.*—No es raro encontrar copias de hombres de consideración; y la mayor parte de las personas, como sucede con los cuadros, tienen también mayor aprecio por las copias que por los originales.

295. *El orador.*—Se puede hablar de una manera perfectamente justa, y sin embargo, de modo que todo el mundo pregone lo contrario; es cuando no se habla para todo el mundo.

296. *Falta del abandono.*—La falta del abandono entre amigos es una falta que no puede ser repetida sin hacerse irremediable.

297. *Sobre el arte de dar.*—La obligación de rehusar un don únicamente porque no es ofrecido con buenas maneras, prepara contra el dador.

298. *El adicto más peligroso.*—En todo partido existe un hombre que, profesando exageradamente los principios de ese partido, excita á los demás á desertar de él.

299. *Consejeros del enfermo.*—Quien da consejos á